

UN MÍSTICO ARGENTINO: RICARDO MOLINARI

MAGDALENA DE LA TORRE

Hablar de Molinari, es hablar de un místico argentino. Su poesía nos trae pronto asociaciones con San Juan de la Cruz, influencia que ya ha sido comentada por los críticos.

El estatismo es la más evidente cualidad del místico. El estatismo es la más evidente cualidad de la poesía de Molinari ya que es la misma desde el comienzo hasta nuestros días. Sólo hay "un trazo transcurrido literalmente", como él mismo lo dice en el prólogo de su último libro *Un día, el tiempo, las nubes*¹; pero hay ausencia total de evolución, tanto en su modo de sentir como de decir.

Su modo de sentir es de un contemplativo. Es la contemplación enemiga del movimiento, del cambio que nos materializa y que nos lleva a ver la faz práctica e interesada de las cosas. Es que en Molinari no hay un interés por llegar a una meta gloriosa, sino la plenitud del que se siente logrado desde el primer momento; de allí mana su humildad, su desinterés, su desasimiento del mundo; de allí su interés por querer escapar de la civilización sensible. No es su sentimiento un desprecio por el hombre, sino por lo que el hombre actual hace y vive; sentimiento reflejado en símbolos que nos llevan a un mundo reflexivo frente a los problemas vitales.

Molinari da un conocimiento intuitivo propio de todo cabal poeta, traducido en una síntesis a veces difícil de interpretar, impregnada de hondo misterio; es por eso que su poesía es de carácter afectivo e in-

¹ RICARDO MOLINARI: *Un día, el tiempo, las nubes*. Buenos Aires, Sur, 1964. Las citas siguientes de esta obra corresponderán a la misma edición.

telectual a la vez, tanto que por momentos se confunde con la meditación.

En más de una poesía encontramos como un proceso discursivo de descubrimiento de la verdad, lo que conduce a un verdadero sentimiento de admiración manifestada en toda su obra.

Su poesía nace indudablemente de una meditación religiosa profunda, pero que no trasluce dogma alguno; parece despojarse de toda norma ante la visión directa del Ser, aunque en más de una oportunidad nos manifiesta su sentir de católico genuino.

Respetaremos para analizar su temática la selección de poemas realizada por el mismo poeta en su último libro: *Un día, el tiempo, las nubes*.

Desde la primer poesía apreciamos una ingenuidad creadora que se va convirtiendo poco a poco en conciencia de profundidad filosófica. Pero en él la poesía no es un conocimiento para saber, como lo consideraba Rimbaud, sino para hacer su canto, y es una experiencia de la propia substancia espiritual del alma ante la dura existencia en medio de la desbordante belleza del universo expresado a través de símbolos clásicos y cristianos. Tal apreciamos su concepto sobre la poesía en "El pez y la manzana". En este poema, como en otros, es la superabundancia de sentido lo que le da cierta oscuridad. El pez, sabemos que es en la liturgia cristiana símbolo de Cristo, de Dios hecho hombre, de la Sabiduría Divina encarnada en lo humano; y la manzana es símbolo de la sabiduría mundana, la ciencia del bien y del mal. Así, el título de este poema diría ya lo que la poesía es para Molinari: trasunto de la verdad contemplada en su total aspecto, tanto espiritual como material. El poeta nos da en sus poemas un sentir de la fusión de estos elementos.

"Deseo la rueda oscura
del laurel para mirarte
alta y sujeta".

Desde la primera estrofa proclama la excelsitud de la tarea poética, que por su altura se torna oscura e invariable, como la perfección misma, cuyo símbolo es el círculo (la rueda).

“..... Ociosa
pluma la que te distrae”

Ya dijo E. Spranger: *Quien vive intensamente no escribe poesías. En esto se revela fuerza creadora de la nostalgia.* La poesía sólo puede brotar de la contemplación, actitud que para los ojos de nuestro mundo es ocio.

“...de silencioso oído”

El poeta necesita soledad, ausencia de sonidos extraños a su mundo espiritual. No es silencioso mundo, sino silencioso oído; el silencio brota del mismo poeta, no del mundo que lo rodea, pues este puede estar en pleno bullicio y el poeta no querer escucharlo; hay en el poeta un silencio voluntario impuesto por su manera de sentir.

“y en desamparada atmósfera”

Sólo el dolor vivido en soledad fecundiza la vida que trasunta un poema.

“Para el que invita a su nuevo
mundo,”

El poeta, no escribe para sí. Escribe para transmitir a los demás ese mundo por él descubierto.

“..... a cantar su pena”

Molinari sabe que hay otros seres que han vivido situaciones semejantes a las de él, y por eso pueden ingresar, desde el mundo propio, a ese mundo del poeta, para cantar, con las palabras del poeta la propia pena.

“Desnuda vas como el pino”

Entre los árboles es el pino el que por apuntar su copa en ángulo al cielo puede estar más cargado de simbolismo espiritual de todo lo

que se eleva, de todo lo que apunta hacia lo alto sin artificios, ya que carece de flores.

“delfín que es un pulcro héroe”

Es de tradición clásica la amistad del hombre con los delfines, a quienes se los considera “los perros del agua” porque tratan de salvar a los náufragos impulsándolos hacia la costa y la poesía verdadera impulsa hacia la pureza de sentimientos.

“músico atento en el aire”

La poesía siempre es música, pero entiéndase bien, es música no sólo en cuanto a sonido y a ritmo. Lo que es para algunos poetas como Lautreamont, que no soportan el socorro muy acentuado del ritmo y de la rima en la poesía porque la consideran fabricación y desleal empresa de seducción, vale también para la poesía de Molinari. Más de una vez notamos en sus poemas que la rima y el ritmo no son muy evidentes, pero sí está dotada de música en cuanto que lo significado es inmanente a su forma como en el arte musical. Además el poeta está siempre en tensión; no descansa en ese aprehender el sentido total de las cosas, que flota para él constantemente.

“y en la desventura náutica”

El simbolismo del ser como una travesía por el mar de la vida, es clásico, y lo apreciamos, entre otros, en Esquilo y en Eurípides.

“piedra o espumosa orilla”

Tan pronto el verso es canto de dolor de vivir como tan pronto es canto de amor y goce de vivir.

“nunca amistad tiznada”

El verso no puede ser expresión de sentimientos bajos ni de apreciaciones sucias.

“y ni siquiera, zozobra
para el niño navegante”

El verso no debe quitar sosiego, sino que debe enriquecer la paz de la vida espiritual del hombre que siendo niño, comienza a vivirla.

“Quiérote igual que la reina
talada del ajedrez,
porque te solazan todos
sin privarte de la rosa;”

La poesía tiene la excelsitud, por eso es reina y el estar talada la revela porque atrae sobre sí la vista de todos y es más evidente su realceza femenina, superando de este modo, la humillación que aporta todo dolor. Muy por el contrario, esa situación es la que le da a la reina, que simboliza la poesía, la inmortalidad inherente a su perfección:

“círculos te da el laurel”

La poesía descubre el ritmo de todos los mundos:

“esferas para que bailes
—descansada— con el cedro,
y luego, con el clavel”

La poesía descubre el ritmo de todos los mundos, pero no se agota en ese descubrir mundos; es por eso que está pronta a bailar, está siempre descansada. El poeta aprehende otros elementos objetivos de la realidad para simbolizar con ellos la belleza, el valor afectivo de la poesía, de la poesía que supera el sexo, ya que ella no se priva de la rosa, símbolo de femineidad y baila con el clavel, símbolo de lo varonil. La poesía de Molinari llega a lo espiritual, a ese mundo superior y misterioso, pero a través de la totalidad de los elementos materiales.

T E M A T I C A

Partimos, siempre, para descubrir su temática, desde su misticismo, ya que lo consideramos su tónica dominante, de la que brotan como rayos de un centro, los distintos motivos. El primero y básico es el de la soledad. Esta es una soledad doliente, impersonal; es la soledad del asceta, del que se retira a su desierto para poder ver mejor.

“Quien no haya oído nunca al viento lamentarse
en el hielo,
no sabe lo que es el recuerdo. Yo tengo los labios
húmedos de mirar por una ventana.
El olvido debe ser igual a la pampa;”
(*Hostería de la rosa y del clavel*, p. 20)

De esa soledad arranca su intimidad; aunque su poesía intimista está exenta de datos biográficos:

“El lamento de toda mi existencia lo que a
mí solo me interesa;”
(*Hostería de la rosa y del clavel*, p. 20)

Estatismo, soledad, intimismo definen estado místico, el que brota de una fuente: el Amor. Sí, el amor en Molinari es Amor con mayúscula, ya que mana de la Suprema Fuente. Palabras reveladoras de este sentimiento son las que componen el poema *Libro de la paloma*. De ese amor a Dios, brota el amor a todos los seres humanos:

“yo te ruego que dejes entrar en tus
deleitosos valles
a las almas que andan por el vacío oscuro
y cuyos cuerpos se consumen
hoy encima y debajo de la tierra”
(*Libro de la paloma* p. 42)

Está presente, con frecuencia, el amor hacia la mujer. La mujer es amada por Molinari con ternura y por momentos, con un amor del más allá del tiempo y del espacio. Es un amor insatisfecho hacia una

amada que por momentos está cerca y que por momentos pertenece al pasado. Es una mujer idealizada, trasunto humano de la Virgen en cuanto a pureza:

“Pienso en ti, por primera
vez, apretado, solo,
como el agua”.
(*Cuaderno de la madrugada* p. 47)

“No, no es el verte a diario lo que me seca
la lengua igual
que a un adolescente,
ni el hallarte como la luz de la mañana,
lo que me inclina a buscar tu mejilla”.
(*Cuaderno de la madrugada* p. 48)

Vive el poeta el goce del recuerdo de un amor:

“...Donde nadie ha de quitarme
ya el perfume de una boca,”
(*Oda a un instante del otoño*, p. 51)

Hay un deseo de liberación de todo lo mundano:

“Ya estoy harto de mar, de gente, de cielo;
de muerte, si Dios quiere”
(*Nao D'Amore*, p. 33)

Pero ese deseo no es nihilista, no nace de una actitud negativa, sino de la superabundancia del ser que al rebasarlo todo, desprecia este mundo porque desea ese otro mundo superior. Esta idea se corrobora en una actitud no rebelde, sino humilde, expresada en sus palabras: *si Dios quiere*. Este deseo está impregnado de la nostalgia del paraíso perdido, nostalgia tan común en los santos:

“Pero yo estoy aquí con una nostalgia callada
Con un cielo que se cansa de mirar los pastos;
Con el vacío que vuelve hacia sí su dureza
que no sosiega.”
(*El tabernáculo*, p. 32)

Es la humildad la que lo lleva a la confianza y al optimismo sereno:

“Mañana, cuando esté sereno, todo se ha de volver tonto;”

(*El tabernáculo*, p. 33)

Lindante con esta concepción del amor, encontramos el motivo de la muerte. Su visión es muy humana; la ve como amenaza constante:

“La muerte inmensa vela su sueño sin alborada”.

(*Oda a la sangre*, p. 55)

como sombra inherente al ser humano; de la que quisiera librarse:

“Quisiera estar desnudo, solo, alegre,
para quitarme la sombra de la muerte
como una enorme y desdichada nube destruida”

(*Oda a la sangre*, p. 54)

a veces la ve también como una liberación:

“Si pudiera olvidarme de que viví, de los
hombres, de otro tiempo.”

(*Oda al viento que mece las hojas en el Sur*, p. 56)

como fuerza superior a lo humano:

“...nadie arma sus deleites. ¡Oh podrá
siempre y más el olvido
que el cuerpo y el amor que se ha querido”

(*El sueño*, p. 72)

como un tránsito al más allá:

“y cazar detrás de la muerte las oscuras furias
las soberbias facas de la destrucción”.

(*Oda del aire y de las tormentas*, p. 74)

impregnada de hondo misterio:

“...delante de mí soportan el aire, ay, y la
impenetrable altura de la muerte”.

(*Oda del aire y de las tormentas*, p. 83)

A veces el poeta se rebela ante ella:

“¡Eternidad, inútil obediencia”.

(*Oda del aire y de las tormentas*, p. 73)

ve a la muerte en toda su dureza:

“¡Oh muerte dura, río espeso
Otro mundo te ve, sí, sin volver el rostro”.

(*Oda del aire y de las tormentas*, p. 73)

No sorprende encontrar entre sus poemas alabanzas patrias. Es hombre de sentimientos excelsos, y entre estos no podría estar ausente el amor a la tierra que lo rodea:

“Cuando yo esté desaparecido y puro, oh Argentina,
nación hermosa y soberana del Sur”.

(*Oda al mes de noviembre junto al Río de la Plata*, p. 80)

También a este motivo lo eleva a una dimensión meditativa:

Oh río, padre antiguo, que llegas al mar con
la frente velada por las nieblas y las flores”.

(*Oda al mes de noviembre junto al río de la Plata*, p. 80)

Identifica a la naturaleza patria con Dios, no en una visión panteísta, no todas las cosas son Dios, sino que es Dios quien está en todas las cosas:

“Y saldrán las aguas al mar que eres tú,
Oh Dios mío”.

(*Oda al mes de noviembre junto al río de la Plata*, p. 80)

El amor a la tierra, lo lleva al amor por su historia, enfocada desde una visión telúrica, como se aprecia en *Barranca Yaco* y en *Lavalle*, en las páginas 113 y 87 de la antología que estamos analizando.

El otro motivo, muy evidente en Molinari, el tiempo, lo encontramos como submotivo en todos los motivos ya tratados. Para Molinari el tiempo no es el del calendario, sino como un transecurrir inconsciente.

Hemos considerado a Molinari como a un poeta místico aunque si entramos en profundidades, sabemos que hay diferencias entre los conceptos *poeta* y *místico*. El poeta se encamina hacia la palabra, mientras el místico, en su arrobamiento, se encamina al silencio. Pero con todo podríamos considerar a Ricardo Molinari como a un místico con la necesidad de transmitir su experiencia, que por ser tal brota poéticamente.

ASPECTO FORMAL

Sabemos que cualquiera sea el valor que se le atribuya al acto poético, queda como un acto sometido a la necesidad de la forma. Y es al analizar la forma con la cual Molinari nos transmite sus poemas, que debemos partir de su tónica dominante, el misticismo.

Al brotar su poesía de esta actitud de constante contacto con Dios, concebida, sí, en las oscuridades del ser, se expresa con un aparente ilogismo que, como ya dijimos, es síntesis conceptual, es superabundancia de sentido. El poeta místico se expresa a través de un sistema de símbolos que significan más que ellos mismos; aunque ellos sean tomados de la naturaleza que rodea al poeta, se nos aparece el lenguaje como un lenguaje profético, cuyos jeroglíficos no son a veces muy difíciles de determinar, sólo sentimos llegar a ellos aproximadamente.

De allí que al analizar la poesía de Molinari se sienta un poco lo que Menéndez y Pelayo sentía al analizar a San Juan de la Cruz: *Juzgar tales arrobamientos no ya con el criterio retórico y mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro o de Horacio, parece irreverencia y profanación*².

² MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *De la poesía mística*, Marcos Sastre, Bs. Aires, 1953.

Mas, como la forma está sustancialmente unida al sentido, ese sentido esotérico en la poesía de Molinari es inseparable de su estructura formal. Es natural que cierta oscuridad subsiste en toda poesía verdadera, ya que está en la esencia de lo poético el sugerir. Mas, hay muchos grados de oscuridades poéticas y el de la poesía del místico es el mayor.

La oscuridad deriva de ese reflejar la realidad con suma libertad, libertad que es propia también de la poesía moderna, dentro de la cual consideramos a la poesía de Molinari. Sobre ella podemos decir de cierta guerra con el lenguaje, de un separarse más y más la inteligencia de la expresión, la inteligencia considerada en su funcionamiento racional tratando de manifestar el sentimiento que va más allá de la razón. Este enfoque moderno resulta una tarea más ardua para el poeta, ya que juega un papel mucho más fuerte la inspiración porque la materia con la que se cuenta para elaborar la poesía es mucho más indócil, el vocabulario es más técnico y duro y las construcciones menos conocidas. Pero todo esto se supera cuando la inspiración surge de un genuino poeta. Algunas poesías de Molinari, se nos presentan un tanto pesadas, pero al valorar en su totalidad su obra, ésta trasluce una genuina inspiración.

Molinari, como los poetas modernos, no exige la correspondencia física entre las dos esferas figurativas, la real y la evocada. Se conforma con una identidad en la emoción que ellas suscitan, llamará iguales a dos que le producen una reacción idéntica, aunque se diferencien totalmente en cuanto a la forma:

“El sueño baja inmenso
con la garganta ahogada por las flores”
indeciso y deseoso
(El sueño, p 69)

En el primer momento parecen las palabras absurdas pero pronto descubrimos el secreto de su sentido. Abundan en Molinari los elementos de tipo visual, y entre éstos los preferidos son los del mundo vegetal, sobre todo las flores. Será porque la diferencia entre éstas se acen-

túa más por los colores, que como sabemos poseen una significación simbólica litúrgica y tradicional:

“Los ángeles andan por el espacio derramados;
unos llevan haces de trigo,
otros escogen amapolas rojas”
(Oda, p. 83)

En Molinari, a veces, el símbolo es tan oculto que sólo vagamente podemos interpretarlo:

“Yo miro mis manos que la noche oscura
igual que un lago”
(Oda, p. 90)

En su último libro, *Un día, el tiempo, las nubes* —del que hemos obtenido los ejemplos citados— la selección realizada por el poeta parece haber surgido entre los poemas más inteligibles de su obra.

Por momentos sus poemas son una larga imagen continuada. ¿Será por eso que pocos son los lectores que interpretan a este gran poeta? ¿Será porque la mayoría prefiere la imagen breve y sorprendente, más propia de la poesía contemporánea? Sí, creemos que hay mucho de esto pero más aún, lo que sucede es que Molinari es antes místico que poeta. Para el poeta su alegría es realizar la inspiración en la creación de una forma nueva, pero para el místico, en el que el sentimiento está en plenitud, en unión, en reposo, su expresión sólo encuentra la desolación al tener que hacer un esfuerzo para reencontrar las imágenes en las formas tan variadas que acuden a su mente en el momento de la elaboración; de allí su aparente desprecio por la poesía.

Ricardo Molinari es uno de los exponentes de nuestra época, además de ser exponente de nuestra poesía mística, de aquella poesía mística de la que Menéndez y Pelayo decía: *Ni creemos que moriría... que siempre ha de tener por refugio algunas almas escondidas*³.

³ MENÉNDEZ Y PELAYO, op. cit., p. 68.

BIBLIOGRAFIA

- FUTORANSKY, Luisa: *El poeta y los elementos*. Revista Sur. Bs. Aires, Nov. y Dic. 1965.
- ISSACSON, José - URQUÍA, Carlos Enrique: *40 años de poesía argentina, 1920-1960*, Aldaba, Bs. Aires 1962, T. 1.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *De la poesía mística*, Marcos Sastre, Bs. Aires, 1953.
- MOLINARI, Ricardo: *Un día, el tiempo, las nubes*. Sur, Bs. Aires 1964.
- POUSA, Narciso: *Ricardo Molinari*. Ediciones Culturales Argentinas, Bs. Aires, 1961.